

LA IMAGINACION COMO ARMA POLITICA

SE dice que «Lenin y los Beatles son las dos cosas más importantes que ocurrieron en el Siglo XX»; se podría agregar, siguiéndole el tren, que, como síntesis de las dos, él mismo, ha sido la tercera para América Latina. Póngase uno ahora a colgarle elogios en el pecho a «Cien años de soledad». Agregó sólo algo que me importa: después de esa novela creo que reconocemos mucho mejor nuestra identidad de ciudadanos de ese inmenso Macondo latinoamericano. Hasta Kissinger tuvo que recurrir a ella para su demagogia de fumanchú internacional.

Desde hace bastante más de un año, desde el golpe en Chile, «una catástrofe personal para mí», vive metido en una hermosa obsesión: la solidaridad con la resistencia chilena («a ver si hacen la revolución y me puedo dejar escribir libros otra vez»). Si con algún escritor ha quedado claro que literatura y militancia no son excluyentes, sino al contrario, es con él.

Ahora, mientras caminamos con Mercedes, su mujer, por las calles del viejo Estocolmo y observa que «Suecia tiene olor a vagón de primera clase» y que «las suecas son grandes desde chiquitas», decide comerse unos «spaghettis en el Michelángelo, de Camila Stan y, ya que no hay más remedio, someterse a interrogatorio».

«Hablemos de literatura —casi ruega—, hace mucho que no hablo de eso». Será él mismo quien después de dar algunas vueltas a «El otoño del patriarca», a sus proyectos en cine y televisión, a los cien cuentos que irá escribiendo en los ratos libres, vuelva a América Latina, a la necesidad de abrir una nueva forma de lucha: la de la imaginación, a Chile. Porque él le mandó un telegrama al «asesino Pinochet» en cuanto supo que habían matado a Allende, pensando que se le podía pasar la rabia, «pero, ya ves, después de todo este tiempo, la rabia no se me ha pasado».

—¿Sale pronto «El otoño del patriarca»?

—Está entregado al editor. Sale en este mes de abril. Son cuatrocientas cincuenta páginas a máquina, mucho más corta que «Cien años...», que tenía más de setecientas.

—Hace tiempo que la esperábamos. Onetti decía hace poco —y no es el único que lo piensa— que «Cien años de soledad» tenía que

pesarte mucho en tu trabajo de «El patriarca».

—Cada escritor debe escribir el libro que es capaz de escribir. «El patriarca» me resultó más difícil que «Cien años...», porque, para mí, cada libro es más difícil que el anterior; el proceso literario se te hace cada vez más complicado.

—¿Por qué?

—Porque cada libro es un paso adelante.

—Precisamente: después del paso de siete leguas de «Cien años», el siguiente no debe ser nada fácil.

—Para mi propio proceso, «Cien años» no es un paso más largo que los demás. «El coronel» no tiene quien le escriba me costó tanto trabajo como «Cien años de soledad». Durante muchos años oí que después de «El coronel» ya no podría volver a escribir algo así. Yo no me planteo un libro en términos de que sea mejor o peor

que el anterior; quiero dar el paso.

—Otra cosa que decía Onetti es que no te debía haber preocupado de darle a «El patriarca» un tratamiento distinto a «Cien años».

—Pero es que el tema me exigió el tratamiento que le di.

—Vamos al tema, entonces.

—Se dijo mucho que «Cien años de soledad» es una síntesis simbólica de toda la historia de América Latina. Si eso se acepta sería una historia incompleta, porque le falta una reflexión sobre el problema del poder. Ese es el tema de «El patriarca». Y punto y aparte; no hablemos más de eso, porque ya lo van a ver pronto.

—Sólo una cosa: ¿qué descubriste sobre el poder escribiendo el libro?

—Muchas cosas; es que mientras escribes un libro te pasas el día pensando en eso. Y yo escribo mis libros para poder leerlos.

Mi dictador dice que el poder «es un sábalo vivo»; nunca llega a saber qué poder tiene; todos los días lo está conquistando, y allá, por el final, dice: «¡Carajo; la vaina de este país es que nadie me ha hecho caso nunca!».

—¿Qué edad tiene el dictador?

—No se sabe, siempre fue muy viejo.

—Dime algo de la estructura del libro.

—Te digo que no tiene tiempos muertos, que va de lo esencial a lo esencial, que es tan trabado que hubo veces en que me di cuenta que me había olvidado de algo y no encontraba cómo meterlo.

—¿Es una sola frase?

—Diría que son seis, pero no tiene dificultades de lectura; ya verás.

—¿Qué esperas de «El patriarca» en cuanto a lectores?

—«Cien años» es la vida cotidiana, creo que por eso ha interesado tanto. No sé quién dijo que en «Cien años» por primera vez se había tratado la vida íntima, la cama, de los latinoamericanos; esa es una de las cosas que más ha agarrado al lector.

Quizá «El otoño del patriarca» tendrá menos lectores, porque el problema de poder, a nivel que yo lo trato, no interesa a tanta gente.

Ernesto González Bermejo

Aunque quién sabe si será así; porque, si te fijas, el problema del poder se plantea en la casa, en el trabajo, en un taxi, en todas partes.

—¿Cuál es la idea central sobre el poder en el libro?

—El desastre del poder individual; si el poder individual no funciona, no quedará otra opción que la contraria: el poder colectivo real. Pero que lo digan los lectores; ya me has hecho hablar demasiado del libro.

—¿Y después de «El patriarca»?

—Con la mano en el corazón te digo que no tengo nada más que decir en la novela; yo mismo me puse contra la pared. Y entonces tengo el terror de despertar un día y no tener nada que hacer. Ando buscando empleo, ¿sabes de algo?

—Estoy en lo mismo.

—Mientras me sale un empleo estoy trabajando con Rui Guerra, el director brasileño, en la adaptación para el cine de «Blacaman el bueno, vendedor de milagros». Hemos encontrado que ese cuento nos permite hacer en cine la revisión completa del colonialismo en el Caribe, desde la conquista española hasta el imperialismo norteamericano.

—Oí que también estabas haciendo algo con Francesco Rosi.

—Sí; trabajamos en una idea que ya tiene algunos años. Con

Rosi somos viejos amigos, y en los intermedios entre películas, él viene a Barcelona o yo voy a Italia a verle. Ahora creo que andamos cerca del asunto; lo que te puedo adelantar es que será una película política, un discurso sobre el imperialismo —creemos— bastante original.

—¿Más cosas en imágenes?

—Para televisión. No había quedado muy conforme con el tratamiento que tenía la mecánica de la violencia en «La mala hora». Y ahora se me ha presentado la oportunidad, rara para un escritor, de volver sobre el asunto quince años después. Con este tiempo de perspectiva, creo que con más madurez, voy a trabajar en la adaptación de la novela para la televisión colombiana en veinte episodios de una hora. Las viejitas que tejen a las tres de la tarde verán algo sobre la violencia en Colombia y a quién benefició. Y también alguien más.

—¿Cuentos?

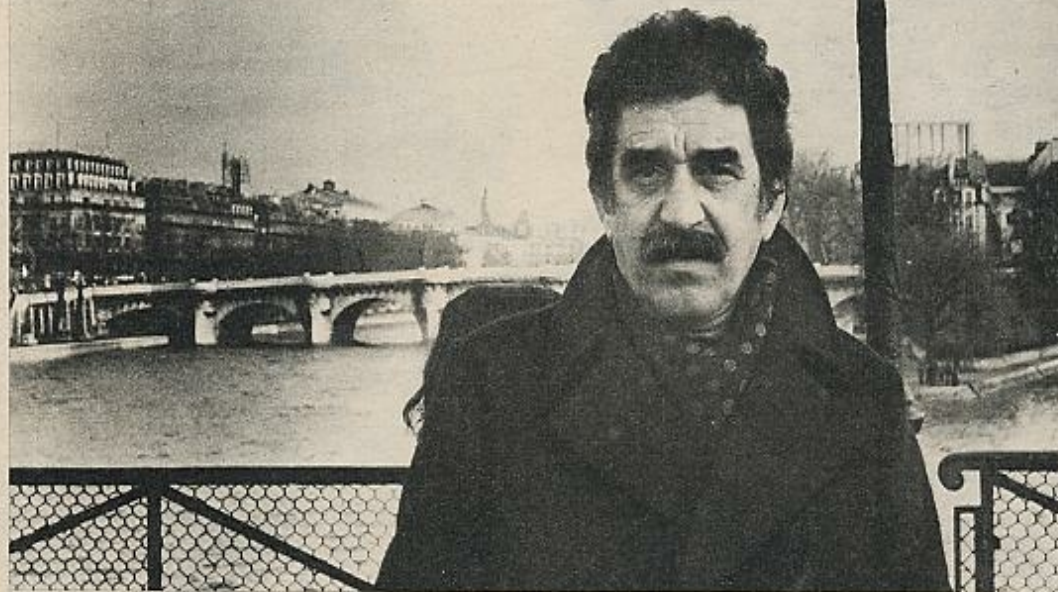
—Tengo cien ideas, una para cada rato libre que me deje la militancia por Chile.

—Sobre esto me impresionaron unas declaraciones que hiciste en Roma sobre la necesidad que tienen los revolucionarios latinoamericanos de entrar en una etapa de reflexión; pedías que se usara más la imaginación que el heroísmo.

—Es que hace falta utilizar la imaginación en América Latina después de tantos años de petrificación ideológica, de tragar crudo; ya la derecha se conoce todas nuestras tácticas.

—¿Cuál es la función de un escritor en este asunto?

—Respecto a eso, todo se ha ido en inventar definiciones, algunas inclusive contradictorias y que no corresponden a la realidad. Creo que la función política del escritor la tienen que determinar las condiciones de cada momento. El escritor agradece que le impongan tareas concretas en cuanto a su trabajo político. Creo que yo hice un buen trabajo para la Revolución Cubana en Prensa Latina, porque entonces me dijeron: «Aquí, en este frente, va a trabajar usted». También creo que en mi trabajo en la solidaridad con la Revolución Cubana he prestado un buen servicio, y ahora, a la resistencia chilena, lo mismo. Los chilenos me han hecho el gran honor y el gran favor de permitirme trabajar con ellos, y lo que estoy haciendo yo es poner



«A la Junta Militar chilena no hay que darle ni un momento de respiro y no se lo hemos dado».

simplemente al servicio de la resistencia chilena el inmenso capital político que me da mi fama de escritor.

—¿Cuáles son los resultados de la solidaridad con Chile en todo este tiempo?

—A la Junta Militar chilena no hay que darle ni un momento de respiro y no se lo hemos dado. Hemos difundido su «mala imagen» por todo el mundo. Son ellos mismos los que han hecho cuanto pudieron por crear esa «mala imagen»; nosotros nos limitamos a que se conozca.

—¿Los resultados, dices? Creo que hemos logrado que el chileno sea el gobierno más desprestigiado que hay sobre la tierra. Hasta los mismos gobiernos que colaboran y ayudan a los militares chilenos tienen que disimularlo lo más que pueden. El mismo Pinochet se ha dolido de la «incomprensión internacional».

—Sabemos que lo que estamos consiguiendo no es lo decisivo para resolver los problemas de Chile, pero es una ayuda muy eficaz a la resistencia que está trabajando en el interior que es, en definitiva, la que va a lograr el cambio.

—Hace poco vi que un periodista te preguntó cuál era el país latinoamericano al que veías más porvenir revolucionario y, supongo que para su asombro, le respondiste: Chile.

—Es que es el país con un movimiento obrero y popular más organizado y radicalizado por esta experiencia, con un enorme apoyo y simpatía internacionales y con una tendencia cada vez más fuerte a la unidad de la izquierda. ¿Qué otro país de América Latina tiene todo eso?

—Estamos a casi año y medio del golpe en Chile. ¿Qué ha hecho la Junta?

—Tomarse el poder y reprimir a la oposición. Nada más, salvo

augmentar la inflación en un dos mil por ciento y gastarse quinientos millones de dólares en armas.

—Lo que parece evidente es que cada vez están más aislados.

—Cada vez más solos. Se está cumpliendo una cosa elemental que decía en aquel telegrama que les mandé a los militares chilenos el día del golpe, que «el pueblo chileno no permitiría nunca que lo gobernara una pandilla de criminales a sueldo del imperialismo norteamericano».

—Bueno, ese telegrama.

—Cuando lo redacté, en Bogotá, a las ocho de la noche, en cuanto me enteré de la muerte de Allende, algunos amigos me decían que era un telegrama de cartilla; yo no tenía la culpa de que la situación fuera de cartilla. Además quería escribirlo antes de que se me pasara la rabia; ya ves, corrí un año largo y la rabia todavía no se me ha pasado.

—Régis Debray le decía a una periodista mejicana, no hace mucho, que quizá él no supiera lo que debe hacerse en América Latina, pero que sí sabía lo que no debe hacerse en el campo de la lucha. ¿Te ocurre algo parecido? ¿qué es lo que no debe hacerse?

—Uno de los factores más importantes de la división de la izquierda latinoamericana ha sido la eterna discusión en cuanto a las formas de lucha. Y el otro es que unos están con la Unión Soviética y otros con la China. Si estos han sido factores de división deberíamos estar muy vigilantes con ellos.

—La selección de las formas de lucha no es algo mecánico, ni previo; lo previo a todo es el fortalecimiento político de los movimientos revolucionarios que se implanten en cada país no sólo como hechos políticos, sino también como hechos culturales.

—Las propias condiciones dirán cuáles son las formas de lucha

más eficaces, que no tienen por qué ser las mismas en cada país. Me interesa llegar al punto de que el fracaso del Che en Bolivia no puede interpretarse elementalmente como el fracaso de la lucha armada, y que el fracaso de la Unidad Popular en Chile no puede interpretarse como el fracaso de la vía electoral.

—¿En cuanto al otro factor?

—La solución me parece que es que a cada movimiento revolucionario no le importe quiénes están con uno y quiénes están con otro; que no se hagan cargo de las divergencias de otros países. Eso no es más que un remanente de la vieja mentalidad colonial; aquello de que no podemos ser alguien si no tenemos una metrópoli. Pensar así no es oponerse a la solidaridad internacional; en absoluto. Es sólo perder el miedo al catecismo.

—También en alguna entrevista insinuabas algo sobre la revolución y su precio de sangre. ¿Cuál es tu idea de la revolución y de los medios de lograrla?

—Yo no sé quién diablos es el que nos ha terminado por convencer, a los que queremos hacer la revolución, de que aceptemos la idea de que la revolución es apocalíptica, catastrófica y sangrienta. Hay que entender de una vez por todas que lo que es apocalíptico, catastrófico y sangriento es la contrarrevolución. Ya sabes las cifras: más de treinta mil muertos, miles de presos, miles de torturados por los militares golpistas chilenos.

—La imagen que yo tengo de la revolución es la de la búsqueda de la felicidad individual a través de la felicidad colectiva, que es la única forma decente de felicidad.

—Vamos a detener esa vocación de martirologio que se desarrolló en América Latina. Quiero la revolución para vivir, no para morir; para que todo el mundo viva

mejor, tome mejor vino, tenga mejores automóviles... Los bienes materiales no son una virtud de la burguesía; son un patrimonio de la Humanidad que la burguesía se ha robado; se los vamos a quitar para repartirlos entre todos.

—Los muertos no son una condición necesaria de la revolución; la revolución no debe seguir siendo un inventario de desastres.

—Pero la sangre puede ser ineludible.

—Puede serlo; pero, si la revolución es sangrienta, será porque la contrarrevolución la hizo así, y será tanto más sangrienta cuanto más la haga la contrarrevolución. Se trata de que no haya equívocos en cuanto a las responsabilidades, porque con esos equívocos nos tienen asustados a las mamás. Mi madre no entiende cómo yo soy revolucionario, si no soy capaz de matar a una mosca, y yo le digo que lo soy precisamente por eso: tengo el miedo permanente de que, mientras no se haga la revolución, me pongan en la situación de tener que matar a una mosca.

—Pues de un tiempo a esta parte te estás haciendo un señor dirigente político; hasta Kissinger se mete contigo. En la reunión de cancilleres aquella dijo que había un libro que le impresionó mucho por su valor humano, a pesar de que no estaba políticamente de acuerdo con su autor, y que esperaba que, a partir de entonces, América Latina no siguiera condenada a cien años de soledad. ¿Qué me dices?

—Creo que hay que agradecerle a Kissinger que haya hecho esta aclaración, porque si no había el peligro de que pudiese pensar que estamos políticamente de acuerdo.

—Pero quiero contarte algo: Un amigo mío le dijo a un funcionario muy cercano a Kissinger que si no le parecía curioso que un autor que él citó en ese discurso no pudiera entrar en los Estados Unidos. A mí me negaron doce años la visa, y el motivo, creo yo, fue mi trabajo para la prensa latina en Nueva York; después me la volvieron a dar por dos años, y ahora me la niegan nuevamente. Creo que el motivo no hay que buscarlo muy lejos: mi militancia en la solidaridad con Chile.

—No estarán muy tranquilos respecto a lo que vas a hacer. La última vez donaste los diez mil dólares del Premio Books Abroad, de la Universidad de Oklahoma, para la defensa de los presos políticos colombianos. A propósito: ¿A quién le vas a donar el Nobel?

—Mi mujer ha estado muy de acuerdo con las donaciones de los premios, pero me dice que en el próximo me acuerde de ella y de mis hijos. De modo que el próximo se lo voy a dar a ella. ¿Y sabes por qué lo haré?; porque estoy seguro de que ella lo va a donar con buena finalidad política. ■